



LOS BURGUESES

SILVINA
BULLRICH

Este libro es una novela. Sus personajes, por lo tanto, son una mera ficción aunque están formados, naturalmente, como un puzzle, con diversos trozos de la vida real argentina.

El narrador, el que dice "yo", nada tiene que ver con la autora. En primer lugar su sexo no está definido; no se sabe a lo largo del libro si es hombre o mujer, si es padre o madre de Loreley y aun es más difícil advertir si es descendiente directo o pariente político de los abuelos, si es Barros o Ingelbaard. Es el enigmático personaje de la tragedia griega cuyas rígidas leyes clásicas también la autora trató de respetar: unidad de tiempo, de lugar y de acción. El hecho de haber empleado la primera persona del singular es un truco corriente en la literatura de ficción y la autora lo ha empleado siempre en sus novelas. Pero en ningún momento se identifica con ese testigo presencial que parece dedicarse a la ciencia, nunca a la literatura, y que incluso quizá, sea un muerto de la familia, un fantasma, un espíritu, un dios lar.

S. B.

...¡y pensar que son las mismas palabras!

PAUL VALÉRY

Todo habría sido soportable si no hubieras estado allí, tú. O si te hubieras sentido ausente, como yo, ajena, extraña, extranjera, como lo son los habitantes de los países nobles ante los turistas impúdicos que no tienen ningún reparo en andar disfrazados de turistas y en violar con sus voces y sus fotografías rincones inviolables. Los colores chillones de las sombras, los colores sombríos de la luz saltan a la vista en cuanto uno se refiere a los seres humanos. Éramos veinticuatro y yo no lograba distinguir una sola cara, ni una expresión, ni un rasgo lindo o feo que se impusiera.

Sin embargo, tú, antes, tenías cara, te parecías a la sirenita de Andersen, eras mi orgullo, tan igual a lo que yo era interiormente, pero tú tenías la suerte de serlo también en apariencia, ese pelo largo, rubio, lacio, tus ojos tan claros y tan expresivos. ¡Cómo se han achicado tus ojos! Tu tez perdió luminosidad y

transparencia, sobre ti se extiende, como un ala, la sombra autoritaria y sin matices de tu marido. Él está siempre tan seguro de todo lo que dice; pontifica. Me gustaría preguntarte si nunca te ha contado un chiste tonto, o una anécdota, si nunca cita un verso, si no tararea la frase de una canción, si no murmura, de pronto, porque sí, una palabra de esas que se escapan como un suspiro y permiten entrever que esa persona no está solamente callada sino que está soñando. Es un hombre con mucho sentido práctico: justo el hombre que yo *no* soñé para ti. Tú también parece tener ahora algún sentido práctico. ¡Oh!, no muy evidente, ni muy eficaz, justo el necesario para borrar tu encanto, para que ya no seas una Ingelbaard, para que puedas caber sin desentonar entre los Barros, como tu hermano. Antes hubiéramos soportado con la misma angustia desmedida este almuerzo terrible, interminable, con el que festejábamos los 90 años del abuelo. ¡90 años, qué maravilla! y rodeado de toda esta familia, y con la cabeza tan bien y con su mujer al lado. Yo los escuchaba y mi indignación flameaba como una bandera, como un barrilete, como una sábana tendida al viento, como todo lo que flama sin dirección, como el ala de un águila muerta; y todos sentían que les golpeaba la cara como el brazo membranoso de un murciélago. Y se hacían a un lado con asco. Era un movimiento instintivo sobre el que no tenían ningún dominio, pero mis ganas irre-

frenables de decir la verdad los llenaba de repulsión. Tenían miedo de que yo vomitara la verdad y ya se sentían salpicados por ese vómito. Siempre temían que yo olvidara que éramos “gente bien” y la gente bien no debe decir la verdad, para eso está la educación. Digo la educación, no la cultura; la cultura también les molestaba mucho, quizá más que la verdad. Contra la verdad hay siempre una defensa: negarla, transformarla en mentira. Sabían hacerlo con tanto arte, era la prueba de prestidigitación que todos ellos lograron mejor a lo largo de sus opulentas vidas. Porque además todos son ricos o viven como ricos. No, todos no. Pero los pobres del grupo eran los más intransigentes, se aferraban con sus débiles fuerzas a la tradición familiar. Estaban tan orgullosos de estar allí, en el almuerzo de *Las Casuarinas*, esa estancia de los Barros, a una hora de Buenos Aires, que todo el mundo quería conocer, en donde los directores de cine pedían permiso para ir a filmar. Y esta noche, de vuelta en su departamento derruido, con olor a repollo en la escalera y cuyo ascensor sólo funciona de tanto en tanto, entre sus muebles que nunca cupieron bien, viejos, no antiguos, con las ventanas sin cortinados, con las alfombras deshilachadas, se precipitarían al teléfono para contar a sus modestos amigos deslumbrados, que no los habían llamado durante todo el día porque habían ido al almuerzo de “tío Ezequiel”, que les había tirado un pedazo de carne

como a sus perros en honor de sus 90 años. Quedaban 364 días del año para sobrellevarlos estoicamente en la casa de alquileres congelados, sin calefacción, sin agua caliente, eso sí en el Barrio Norte, pero no en la mejor calle, no se puede pedir tanto.

Veinticuatro personas sin contar la mesa de los chicos. Y luego los demás, los que no estaban convidados pero comprendían muy bien que no eran dignos de ocupar un asiento en esa mesa señorial. Los que se acercaban antes de que nos sentáramos a la mesa, o los que vinieron a los postres, y, tímidamente, pidiendo perdón con la mirada a cada comensal, oprímían conmovidos la mano del abuelo y la de la abuela con esa unción con que los fieles hambrientos besan sin rencor la piedra valiosísima del anillo episcopal.

Yo quise llegar tarde pero no pude. Cuando uno se ha acostumbrado desde la infancia a asumir su personalidad, a no desobedecerse, a no contrariarse, salvo frente a los actos verdaderamente condenables, cae en la paradoja de que ya no es dueño de sí mismo. Yo soy una persona puntual; además me gusta apretar el acelerador a fondo cuando la ruta es buena, entonces, muy a mi pesar, llegué entre los primeros. No creo haberme ahorrado ni diez veces la frase clave pronunciada siempre con los ojos en blanco, la sonrisa celestial y la voz trémula de ternura: qué maravilla, verdad, llegar así a los noventa, y los dos jun-